

Recordar, compartir, aprender

Oviedo

Antonio Reis Dosantos, 78 años

Alberto García Fernández, 21 años

PARA LLAMARSE ANTONIO REIS DOSANTOS

Para llamarse Antonio Reis Dosantos uno tiene que haber vivido una serie de cosas. No es fácil. Tendría, por ejemplo, que conocer el madurar de las uvas y el tempo del fado que las cuida. Tendría que saber el por qué de los claveles para una revolución.

Para llamarse Antonio Reis, habría que haber sido un niño dado a la calle y un adulto dado a la casa; y haber aprendido a ser abandonado por la calle y desalojado de la casa.

Para tener ese nombre, uno tendría que olvidarse de leer y de escribir. Habría que saber llorar. Habría que aprender a sobrevivir a la muerte y también a ‘sobremorir’ a la vida. Habría que reconocer que esto es duro y hacer de la dureza un canto rodado.

Si uno quisiera llamarse Antonio Reis Dosantos, tendría que haber llenado de significado palabras como adiós, por favor, perdón, hijo, trabajo, carbón, gracias, silencio, fin. Y también saber decir alguna estupidez como, por ejemplo, “te quiero”. Tendría uno que descubrir los secretos que guardan todas las ‘marías portuguesas’ que se encuentran desde Ayamonte hasta Faro. Y haber bebido ‘vinho verde’. Pero eso ya debería de estar claro.

No es fácil. No lo conozco. No puedo conocerlo. Pero si lo conociera, contaría la historia del momento más sencillo de su vida. Porque, me imagino, que cuando uno descubre que el tiempo sólo cura el tiempo, la felicidad se vuelve algo irremediamente sencillo. Por eso es tan complejo. Podría escribirse así; como una carta imposible a la habitación de al lado.

Oviedo, abril de 1990

Querida Isabel:

Te escribo estas palabras en otro idioma. Cada día estoy más convencido de que al final se trataba del mismo.

¿Te acuerdas de aquel telegrama que nos mandó Henrique desde Nueva York? Decía algo así como “El inglés se me da muy mal, el portugués va olvidándoseme. Mandar dinero”. Es algo parecido. Ya no tengo claro en qué lengua hablo. Supongo que la mía.

Empiezo estas líneas después de tanto tiempo y apenas pareciera que acabáramos de hablar por última vez. Lo cierto es que no sé muy bien lo que viene a continuación, pero algo me ha llevado al bolígrafo y, en fin, ahora te estoy escribiendo.

Han sido demasiadas cosas. Hemos sido demasiadas cosas. ¡Cómo pasa el tiempo, que de pronto son años! Y ahora no sé si al encontrarnos un día en cualquier sitio, en cualquier lugar, a cualquier hora, así como por casualidad, nos reconoceríamos. ¿Sabes? Cada día es más difícil ligar con el hombre del espejo.

Nunca más volví a Lisboa después de aquella vez. Puede que pienses que es una tontería, pero no quería tocar ese recuerdo. Hubiera sido como volver al sitio donde uno nace y darse cuenta de que en verdad, todo era mucho más pequeño de como lo recordabas. Como si para crecer fuera necesario que algo menguara. Tenía miedo de que menguara.

Después de que te fueras para Coimbra yo intenté pasar la frontera para Galicia, pero me detuvieron. Traté de llamarte pero ahí también me detuvieron. Después resultó que uno de los generales de la aduana, conocía a alguien que conocía a alguien que era primo de una amiga de la vecina de mi hermana. Yo creo que sólo era



un buen hombre. Estuve dos noches en el calabozo. Entonces pensé que lo mejor era volver a buscarte para que te vinieras conmigo.

Pero en Coimbra nadie sabía de ti. Pregunté a los chicos y parecía que te hubieras vuelto un fantasma. Nadie sabía nada. Me preocupé un poco, pero conociéndote no le di más importancia. Después estalló todo. Tendrías que haberlo visto. Todo eran claveles. Flores, gente y flores. Sabes que siempre hui un poco de todo eso, pero aquel día fue inevitable. Ésa fue la última vez que pisé Portugal.

Volví a España siendo el lugar en el que menos me apetecía estar en ese momento. En realidad cuando volví pensé que sería para un mes, como mucho un invierno; no más. Después de la revolución creía que volver tendría que ser fácil. ¡Qué estupidez! Y aquí llevo 15 años. Es increíble. Han sido 15 años maravillosamente duros, he aprendido muchas cosas. Creo que me he aprendido. También he desaprendido muchas otras. También he necesitado desaprenderme.

Y en medio de este desastre que soy, a veces en un rincón escondida, a veces en mi cama, a veces en mi voz, en las palabras, en la calle, en las ventanas. A veces, en ti. Todavía estás tú. Así que ahora, cuando te lean esta carta, díles que te recuerden quién era Antonio Reis Dosantos. Díles que te lo recuerden todos los días.

Siempre tuyo.

A.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Cuando le preguntas a Antonio qué es lo importante de la vida, duda. Y al final, siempre resuelve no responder.

No forma parte de ese tipo de gente que le gustan las sentencias. Además, cree firmemente en la imposibilidad de explicar qué es lo importante de la vida. Contarlo, sería como velar la mitad de su importancia.

Existen lugares comunes. Todos los conocemos. Únicamente depende de la importancia que le demos a cada uno de ellos.

No se trata de tener 80 años, ni de ser Aristóteles, Virginia Wolf, un indigente o Jesucristo.

Está al alcance de todos. Pero, por eso mismo, no todos pueden tocarlo.

Hay mil maneras de hacerlo. Con caricias, a puñetazos, sosteniendo, amarrando, soltando, con guantes, en carne viva, desnudo, a bofetadas, a desgana, apretando fuerte, con las uñas largas, con el brazo corto, los ojos bien abiertos, con la boca bien cerrada. Gritando, asustando, susurrando, callando, hablando. Viviendo. muriendo.

Hay mil maneras. Como dice Antonio, que cada uno escoja las suyas.